

Cómo revivir al Golem

Él vivía en el anexo de la sinagoga de Wola-Wichowa, un pueblo en el corazón de los Cárpatos, a donde había sido enviada nuestra compañía en espera de ser movilizada. A pesar de que un fuego nutrido atravesó el pueblo, el diminuto judío no quiso irse y dio alojamiento a soldados rusos, alemanes y austriacos. En un rincón del cuarto acondicionó un espacio para su mujer y su hijo de once años y lo separó del resto de la habitación. Atrás del horno, en medio de un gran desorden, había libros que esa multitud de soldados, incluso los oficiales, habían tenido en sus manos con frecuencia buscando saciar su sed de lectura, pero que inmediatamente habían devuelto a su montón detrás del horno, pues la mayoría estaba en hebreo. Yo me quedé hojeando un volumen empastado en cuero y después de que me preguntó si yo podía leer hebreo empezamos a charlar.

Abrió los ojos con sorpresa cuando salió a relucir la palabra Praga y entonces quise saber si conocía la ciudad. “¡Qué si conozco Praga! –exclamó con un encanto irónico, pero a mi pregunta respondió lacónico: “En mi vida he estado allí”. “¿Entonces cómo puede decir que la conoce?” “He estudiado”, dijo, y me mostró una vieja guía turística de Praga. “¡Quizá yo sepa más de Praga que un praguense! –replicó. “¿Por qué le interesa precisamente esa ciudad?” –le dije. “Quisiera visitarla aunque fuera una vez. Praga es una bella ciudad, una comunidad piadosa”. –Y luego, con cautela, añadió– “Quizá también vaya a otro lugar”.

Más tarde, con la esperanza de que alguna vez podría hacer valer mi invitación para ir a Praga, me confesó que a él le interesaba sobre todo visitar la tumba del Rabino Löw y el sitio donde según la leyenda se localizaba el Golem, la figura de barro a la que el Rabino Löw había dado vida. “¿Dónde se localiza?”, pregunté. No quiso decírmelo, pero él sabía que en Praga lo encontraría.

Una noche busqué la guía de Praga detrás del horno. Sobre el plano de la ciudad había líneas a lápiz que conectaban la sinagoga Altneu con dos callejuelas del barrio judío y que continuaban hasta llegar al margen del mapa atravesando la ciudad nueva y el suburbio de Zizkow. En nuestra siguiente



conversación le mencioné que alguna vez había oído decir que el Golem estaba en la sinagoga Altneu. El pequeño judío lo negó inclinando la cabeza: “Sé por qué lo dice, usted leyó el libro ¿verdad?”. No, yo no conocía el oscuro volumen empastado que con una seguridad ciega extrajo de aquel caos de papel y que comenzó a leerme.

En el proemio se citaba un informe del Dr. A. Berliner, profesor en el seminario de los rabinos de Berlín, que decía que el libro contenía una serie de supersticiones y no debía ser publicado sino quemado, un juicio demoledor al que el editor se opuso afirmando: “¡Quemado sea el que no crea en los hechos comprobados!”

El habitante del templo de Wola-Michowa compartía totalmente esa opinión. Él no dudaba en la exactitud del contenido del libro, aunque lo consideraba incompleto. Sin embargo, éste tenía una continuación en una crónica familiar escrita a mano, sobre la que habíamos hablado desde que le había prometido solemnemente no investigar sobre el Golem antes de que él me alcanzara en Praga. Con todo, me obsequió el oscuro libro empastado en cuero.

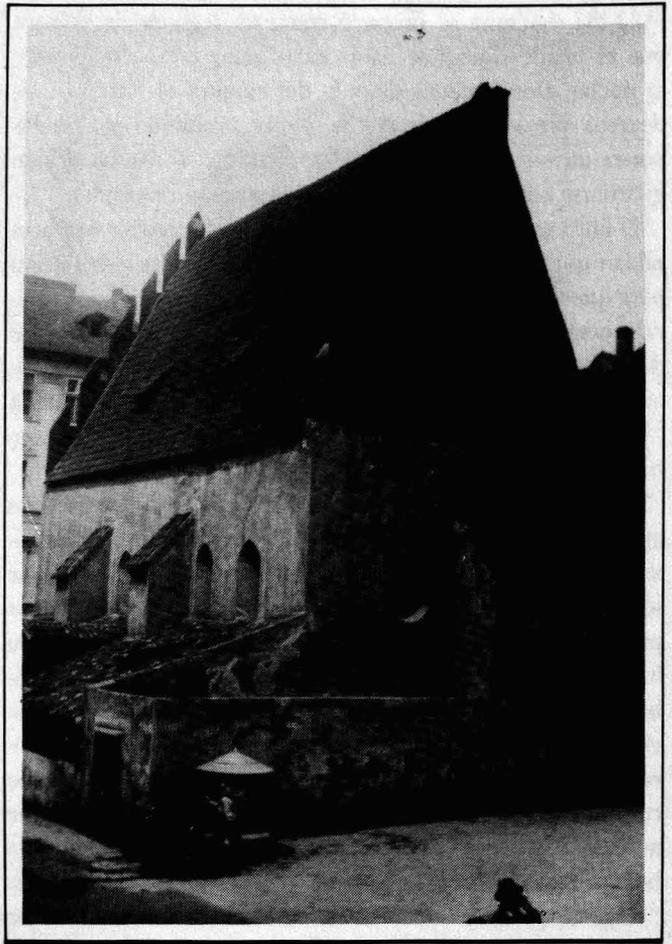
El título de aquellas páginas era *Meisse punem (Historias extrañas)*; ahí se describen “los Maufsim (milagros) del grande y famoso Welts-Gaon (Corifeo) conocido bajo el nombre Maharal Miprag –de bendita memoria– que logró con ayuda del Golem. Editado en hebreo y alemán por Hirsch Steinmetz en Frisztak por la imprenta de E. Salat de Lemberg en el año 5671”.

Egon Erwin Kisch, un “simulador y un anarquista” –según Robert Musil– que se convirtió en el mejor cronista y reportero de la Europa de entreguerras. Vivió en México (como antes lo hiciera su tío abuelo durante el imperio de Maximiliano) y aquí animó el movimiento “Freies Deutschland”.

El libro relata los motivos y los procedimientos mediante los que el respetado Rabino Löw había quitado la vida al Golem después de conferenciar con el emperador Rodolfo II en el monte Hradshin. Una audiencia del mismo Rabino con Rodolfo II está históricamente comprobada. "Hoy, domingo el diez de Adar del año 5332 desde la creación de la tierra (23 de febrero de 1592) –según relata en sus memorias el Rabino Isak Kohen– por orden del emperador el príncipe Berthier hizo llegar a Mordechai Meisel y a Isak Weisl la orden para que mi suegro el Rabino Löw fuera conducido a palacio. Obedientemente, el Rabino Löw llegó al lugar acompañado por el Rabino Sinaí y por mí. El príncipe guió a mi suegro a otro aposento donde le ofreció la silla de honor y se sentó frente a él. El príncipe le hizo preguntas sobre asuntos secretos, pero hablaba tan fuerte que pudimos escuchar todo. Hablar en voz alta tenía sus fundadas razones pues era para que el emperador, que estaba escondido tras una cortina, pudiera escuchar toda la plática. De pronto, la cortina se abrió y su majestad avanzó y dirigió a mi suegro varias preguntas. Después se retiró de nuevo tras la cortina. Como es la costumbre en asuntos imperiales, tuvimos que mantener el tema de la entrevista en secreto."

David Gans, matemático, historiador y amigo del astrólogo de la corte imperial Tycho Brahe, escribió en una crónica que el Rabino Löw durante toda su vida guardó silencio acerca de su visita al palacio de Praga. El cronista habsbúrguico –muy vinculado a la astronomía y a la alquimia– seguramente quería aprender algo de la doctrina cabalística y esotérica. Era muy conocido, e incluso admitido por él mismo, que el Rabino Löw era aficionado a aquella ciencia oculta: "El que comprenda mis palabras sabrá qué tan fundadas están en las doctrinas cabalísticas", escribió en una polémica. Y en otro lugar afirmó: "Si se conoce la Cábala, cuyas enseñanzas son verdaderas..."

En el libro antes mencionado de mi amigo de Wola-Michowa, puede leerse que la causa de la muerte del homúnculo de barro provino de una audiencia llevada a cabo dos años antes de la fecha históricamente comprobada. El Rabino obtuvo la aprobación del emperador para que a partir de ese momento nadie pudiera presentar una demanda en contra del asesinato ritual y que el barrio judío fuera protegido de la violencia. Durante la siguiente Semana santa, en 1590, no tuvieron lugar los habituales excesos en contra del ghetto. El Golem, creado principalmente para la investigación de los crímenes imputados a los judíos, se convirtió en un ente superfluo, perdió su importancia y fue liquidado. "La manera en que el Golem fue destruido" ha sido transmitida detalladamente: el Pigmalión rabínico llamó a su yerno Jacob Katz y a su alumno Jacob Sosson y les explicó que no necesitaban más al coloso de barro; después ordenó al Jossile Golem no dormir esa noche en el desván de la sinagoga Altneu. Era lagbeomer, el trigésimotercero de los cuarenta y nueve días entre Semana santa y Pentecostés. Alrededor de la media noche los tres hombres subieron al desván. Antes de subir Jacob Katz (el nombre Katz se forma con las iniciales de la palabra "Kohen Zedek" y designa a un descendiente de una tribu de sacerdotes palestinos) comenzó una disputa acerca de si, como Kohen, le era concedido acercarse a un cadáver. El Rabino



Sinagoga Altneu de Praga

Löw le enseñó que la vida de un muñeco de arcilla creado por manos humanas no se consideraba como vida en el sentido divino y que su muerte no era una muerte auténtica.

Su muerte no era muerte. El romántico cristiano Clemens Brentano, que también creía en la leyenda del Golem, pensaba que sólo la palabra crea y da vida. Si uno destruye la palabra el ser también muere. El mago sólo necesita borrar de la palabra *Anmauth*, escrita sobre la frente del Golem al ser creado, la sílaba *An*, de tal forma que quede la palabra *Mauth*, que significa muerte. En ese momento el Golem se desmorona.

Pero el asunto no era tan sencillo si damos crédito a nuestro libro de leyendas. El Rabino Löw, Jacob Sosson y Jacob Katz se colocaron junto a la cabeza del Golem dormido (antaño, al darle vida a la figura de barro cocido, se habían colocado a sus pies). La ceremonia empezó, caminaron solemnemente 7 veces alrededor de su cuerpo mientras murmuraban misteriosas fórmulas como si fuera una letanía. Mientras levantaban el conjuro, Abraham Chajim, el viejo que atendía el templo, los observó en silencio desde la puerta, sosteniendo dos velas encendidas. A la séptima vuelta la vida del Golem se transformó en muerte, en harapienta masa de barro, en voz enmudecida.

El mago llamó al sirviente del templo, le arrebató las velas y las puso a los pies de la figura exangüe, lo desvistió y envolvió la ropa en dos ovillos. Ocho manos levantaron al hombre de arcilla para colocarlo bajo una pila de libros y papeles, hasta que nada, ni siquiera la punta de su pie sobresaliera. Aventaron las ropas y las quemaron.

Al día siguiente se propagó como un reguero de pólvora que el Jossile Golem se había enfadado y escapado durante la noche. Dos semanas después del conjuro el Rabino Löw decretó que a partir de ese día estaba prohibido para todos poner un pie en el desván de la sinagoga. Tampoco debían guardarse allí libros ni papeles, para evitar un incendio.

El libro terminaba diciendo que algunas personas suspicaces sabían que el Maharal Miprag había dictado esa prohibición para que la gente no viera al Golem. En este párrafo mi esotérico oculista galiziano sonrió sacudiendo su cabeza con aire de superioridad. En su manuscrito había encontrado la continuación del proceso de desencantamiento. Se rió de aquella "gente sabia" que había asumido que el entierro en el desván había puesto fin a la historia del Golem.

Cuando lo volví a encontrar no sonreía. Eso ocurrió dos años más tarde en la Leopoldstadt. Sus cejas eran grises y escasas. Con un gesto cansado me esquivó cuando empecé a hablar sobre su secreto del templo de Wola-Michowa. "Tengo otras preocupaciones", dijo. Una granada había destrozado a su hijo en el templo de Wola-Michowa y poco después algo terrible le había sucedido a su mujer. No me dijo qué. "Ella está en el hospital y no tengo dinero". Nos sentamos en un restaurante, casi no comió y no hablamos porque nuestro recuerdo común se relacionaba con el lugar en los Cárpatos sobre el que no quería pensar. "¿Y el Golem?", pregunté. "No lo voy a buscar más", sentenció. "¡Yo tendré que buscarlo!", repliqué. "Haga lo que quiera", murmuró.

II

La leyenda de que el desván de la sinagoga Altneu era la cripta del Golem se conservó durante siglos. Cuando en 1718 se publicó el tratado del actuario praguense Maier Perl (*Megilath Jochasin*, una colección de los milagros del respetado Rabino Löw), el editor constataba que la figura del Golem continuaba en el desván de la sinagoga. El rabino de Lemberg Joseph Saul Nathanson quería subir pero se lo habían impedido explicándole que la interdicción del Rabino Löw todavía era válida. Poco antes el Rabino superior de Praga Ezechiel Landau había subido después de ayunar mucho tiempo, envuelto en mantos sagrados mientras sus alumnos cantaban salmos. Después de un rato Landau regresó con el rostro alterado y anunció: "Nadie se atreva a perturbar el último descanso del Golem".

Mis primeros intentos para conseguir las llaves del ático de los funcionarios del templo fueron inútiles. En el interior del templo no había escalera y el desván sólo se alcanzaba subiendo los muros exteriores, lo que provocaría la atención de los transeúntes; además, podrían ocurrir accidentes que ocasionarían molestas discusiones. (La crónica *Kral. Prahy* habla de prohibiciones que fueron decretadas desde antes de los tiempos del Rabino Löw: se dice que después de la destrucción de Jerusalem los ángeles cargaban una parte del templo de Salomón hasta Praga y se ordenó a los judíos nunca reparar ese edificio y no cambiar nada. Quien violara ese decreto mo-



riría. Así sucedió una vez en que los más viejos de la comunidad judía permitieron que el edificio fuera restaurado. No sólo el maestro de obras y su ayudante cayeron del techo sino que también murieron los clientes antes de que el trabajo pudiera realizarse.)

Desde los años setenta, en que un deshollinador llamado Vondrejč cayó y murió, nadie ha estado arriba. Hasta antes del incendio del teatro de la Ring ni siquiera estaban las vigas de hierro, instaladas en 1888 por decreto de los bomberos.

Finalmente conseguí el permiso de la administración para subir al techo del templo. Llegué a las ocho de la mañana. El señor Zwiczjer, velador de la casa desde hacía treinta y ocho años, me aconsejó que no subiera y a mi pregunta sobre si ya había subido respondió con otra, preguntándome si yo estaba loco. Encogiendo los hombros me dijo: "Como quiera" y me pasó las llaves. Me deslizé entre la cerca que limita el jardín delante a la explanada en la Niklasstraße. Tiré una escala hacia el otro lado y la sujeté bajo las pinzas de hierro, para que ninguna otra persona subiera.

Con las miradas sorprendidas de los paseantes clavadas en mi espalda escalo los dieciocho peldaños de hierro que arriba se inclinan a la derecha y con un último esfuerzo alcanzo el nicho del arco ojival. Abro la puerta metálica: se escucha el roce del óxido. Me encuentro en medio de una pirámide aguda, cuyo suelo tiene irregularidades masivas. El basamento de la sinagoga yace tan profundo bajo el nivel de la calle que incluso hasta aquí arriba no te encuentras a una gran altura; observas el reloj de la alcaldía judía, cuyas manecillas se mueven de izquierda a derecha. A través de numerosos domos entra la luz. No solo la conciencia de la altura está ausente: también está ausente la profundidad mítica que a ti, por ejemplo, te rodea y atrapa en la buhardilla de la catedral de Sankt Veit. Pero sin embargo estás arriba de la sinagoga, no menos bajo el impacto de los siglos que por encima de la catedral. Mientras que las crestas de piedra son visibles por su parte externa están ocultas para los que rezan adentro, cuidadosamente colocadas para que pueda verse una armonía de formas geométricas. Te sientes como si estuvieras ante el paisaje de las montañas: el valle y los montes rodeándote. Arriba, en la catedral cristiana, puedes atravesar la nave mediante los sólidos travesaños y puedes rodearla también. Aquí, por el contrario, para cruzar hay sólo una plancha podrida; con el pie te cercioras de cuánto peso puede aguantar y decides dar una vuelta por las crestas o balancearte sobre el cabrío y agarrar los cables, a pesar de que las manos se te llenen de polvo, a pesar de que con frecuencia el rostro te sea cubierto por las telarañas.

Sobre el costado se tiende una barra de hierro; una escalera, sujetada con pinzas de hierro también, conduce hasta la chimenea. En el suelo están tendidos un tubo de fundición y el cadáver de un pájaro muerto en la soledad. Aparte sólo ves ladrillos quebrados y escombros. Los hongos crecen exuberantemente en formas grotescas, un vampiro cuelga cabeza abajo entre las vigas. En las hendiduras la capa de grava y humedad se mezcla con una masa de barro. Si abajo estuviera la figura de arcilla del Rabino nunca la encontrarían. Si alguien quisiera exhumarla destruiría todo el templo.



Éste es, en verdad, un lugar para crear el Golem y para sepultarlo, un lugar sólo para místicos. Éste sería el sitio adecuado para el laboratorio de Claudius Frolo o para su colega el Rabino Löw; éste podría ser el dormitorio de un coloso, no importa cuál, Cuasimodo o el Golem, el mejor escenario para los encuentros entre el rey de Francia con el orfebre de la sotana, del emperador de Alemania con el taumaturgo vestido de judío. Qué cosa es *Nuestra señora de París* de Victor Hugo sino la leyenda del Golem, sólo que Victor Hugo translada el ambiente represivo del ghetto de Praga a las inmensas alturas catedralicias de París, cambiando la filosofía del Baal Schem por la de Pelagio de Eclamum. Habiendo recibido el consejo del párroco que se dedicaba a las ciencias ocultas, igual que Rodolfo II, el rey Luis XI se entrevista con el misterioso Rabino. Esmeralda despierta en el monstruoso Cuasimodo un amor tan grande idéntico al que puede encontrarse en la leyenda judía, donde la hija de un rabino se enamora del fiel retrato praguense de Cuasimodo. La plebe ataca el barrio judío de Praga y Nuestra Señora es tomada por un populacho súbdito del desacreditado rey de la corte de los milagros, cuyo líder se llama "Mathias Hunyadi Spicali, conde de Egipto y Bohemia".

El vampiro comienza a mecerse. Se dice que cuando ellos despiertan se enredan con cabello humano. El Golem no se ve. Salgo del nicho dejando la oxidada puerta entreabierta, camino sobre los peldaños de hierro y cierro rápidamente la puerta con llave para luego bajar. El número de curiosos se ha multiplicado. En la entrada de la sinagoga me lavo las manos en un viejo lavabo de cobre. "¿No pudo encontrar al Golem?", pregunta el señor Zwicker, con un tono en el que se advierte ironía y curiosidad, a la que él seguramente llama *Nekome*. ◇